

ofreciendo al lector apuntes sobre la ética, la política, la razón vital y la razón histórica, las influencias recibidas y la influencia efectiva de Ortega rara vez considerados con anterioridad, con estilo claro y profundo, y armándose el autor con una abundante selección de textos para probar que la obra de Ortega, como su propia vida, tiene mucho más que ver con la práctica *aquende* que con la reflexión sobre el *allende*.

Rodolfo Gutiérrez Simón

A. CORTINA (ed.), *Neuroética y Neuropolítica. Sugerencias para la educación moral*, Tecnos, Madrid, 2011.

“Pues sólo en la lucha real se hace patente la consecuencia extrema de la agrupación política según amigos y enemigos. Es por referencia a este posibilidad extrema como la vida del hombre adquiere su tensión específicamente *política*”

El concepto de lo político. Carl Schmitt. Alianza Editorial, p. 65

No cabe dudar de la inequívoca pertenencia de la anterior afirmación schmittiana a las coordenadas del espacio político que se caracteriza por hacer referencia de un modo u otro al ámbito de la *potestas*; para el autor de *El Nomos de la Tierra*, dicha tensión amigo-enemigo –que según qué autores pudiera, entre otras, cobrar forma en una dialéctica de Estados o de clases– y sus figuras indiscernibles, agresión y defensa, no puede ser reconstruida en el espacio de coordenadas característico de la moral en el cual se atiende a otra particular tensión, la del bien y el mal.

Pues bien, el libro ahora reseñado no deja de pugnar por ocupar ese lugar de suyo anfibio e irreal que discurriría como gozne entre la ética y la política, y que es interpretado como una suerte de espacio genérico que ampliando el radio de la moral procuraría hallar el mejor modelo político –la democracia liberal– con el fin de modelar “buenos ciudadanos”. La autora en su tarea se ve impelida, por las razones que en breve se expondrán, a tomar en consideración a las disciplinas neurocientíficas que dan título al libro, pero simultáneamente no puede dejar de desplegar en el mismo distintas y matizadas críticas al programa de máximos de la neuroética y la neuropolítica –fundamentación universal de los juicios morales por medio de estructuras neurofisiológicas (neuronas espejo, oxitocina etc. Michael S, Gazzaniga¹ *El cerebro*

1 La reciente obra de M.S. Gazzaniga, *Who's in charge*. 2011, no permite su fácil adscripción, como interpretó la autora, al programa *fuerte* de la neuroética.

ético, 2006.), e igualmente la pretensión de acudir a éstas para determinar cuál o cuáles programas estarían inscritos cerebralmente y deberían ser apoyados para mejorar la organización social y política (Francisco Mora, *Neurocultura*, 2007) – no obstante las críticas, la alternativa de Cortina se asienta en la apelación a una ética de la razón cordial (A. Cortina. *Ética de La razón cordial*. 2007) soportada en los “sentimientos reactivos”, la cual, a nuestro juicio, no permite discernir dónde termina la cordialidad de la razón que alimenta a la conducta moral y dónde comienza la supuesta empatía cooperativa contractualista y universal a la que se cita como cimiento de la acción política. La cuestión es que tal concepción ética no podrá sin embargo desembarazarse fácilmente del sujeto compuesto por las neurociencias que son descritas y analizadas en el libro.

Si Cortina tiene que hacerse cargo de las disciplinas procedentes de las neurociencias es porque éstas han elaborado un discurso que involucra sin reparo y con plena conciencia de los riesgos que se asumen (haciéndose cargo de un modo nuevo de las críticas clásicas a los emotivismos morales) a las emociones en la construcción de la nueva subjetividad emergente. Así, vayan por caso, las obras de neurocientíficos como Damasio, Iacoboni o Ramachandran orillan el rancio dualismo y racionalismo occidentales para generar un sujeto indiscernible del órgano cerebral y cuya figura psíquica se dibuja por medio de “códigos del cerebro” inscritos en dicho órgano, anatómica y funcionalmente, cuya semántica última solo es interpretable en términos de supervivencia y cuya aplicabilidad se ciñe a los próximos. Códigos, en cualquier caso, expuestos a análisis neurocientíficos y que darían buena cuenta de la “razón emocional” de la conducta.

La autora no puede suspender el juicio sobre tales disciplinas que pretenden naturalizar el hilo rojo emocional que a la postre trenza también a la misma ética de la razón cordial que Cortina compone y alienta. El resultado es la asunción de una bienintencionada cooperación entre ciencias y humanidades, más concretamente se trataría de la construcción conjunta de una neuroética entre neurocientíficos y especialistas en ética. Este objetivo, que ya hace su aparición al comienzo del libro, es constantemente readaptado, corregido e incluso ejercitivamente desechado en el discurrir del texto, y ello en virtud, a nuestro juicio, de una limitada perspectiva en el ámbito de la teoría de la ciencia que, a su vez, no permite enfocar de un modo estable la posible figura gnoseológica que sería característica de la neuroética. De tal suerte que si al comienzo del libro la neuroética debe ser estabilizada mediante la interacción de expertos en ética y neurocientíficos, al final del mismo la neuroética facturada por los neurocientíficos pasa a ser una fuente de información privilegiada para el pedagogo interesado en educar éticamente a la ciudadanía (así la *plasticidad* del cerebro, “un hecho neurocientífico”, interesa sobremanera al pedagogo).

Cortina, de un modo sistemático, expone y reexpone la falacia naturalista –del “es” cerebral al “debe” moral– en la que no podrían dejar de incurrir tanto las versiones *fuertes* (M.S. Gazzaniga, F. Mora, fundamentación universal de la ética a partir de contenidos alojados en el cerebro) como *débiles* (D. Hauser, N. Lévy, fundamentación de la ética tomando como referencia estructuras morales, semejantes a la sintaxis chomskyana, también adheridas al cerebro) del discurso neurocientífico sobre la ética. Nuestra autora, en este contexto, acierta a afirmar que no existe fundamento universal de la ética asentado en la neurofisiología, pero que es necesario atisbar la sobresaliente importancia que poseen las bases neuronales de la ética contenidas en las investigaciones neurocientíficas. Este reiterativo vaivén entre las nociones de base y fundamento, así como la controlada presencia o ausencia del discurso ético clásico vuelven a mostrarnos, a nuestro entender, la ya mencionada limitación de la implícita perspectiva gnoseológica que recorre el libro, la cual no permite cohesionar con claridad los argumentos centrales del mismo.

En efecto, para Cortina, el lanzamiento de la neuroética (en el sentido de neurociencia de la ética, no sólo de bioética de las neurociencias) como una nueva disciplina por derecho propio parece deberse a una serie de publicaciones –puntuales (editoriales en *Science* y *Nature*) y periódicas (como *Neuroethics*, publicada por Springer)– así como de actos sociales. Entre estos la autora subraya la importancia del congreso de 2002 en San Francisco, patrocinado por la *Dana Foundation* y organizado por las Universidades de Stanford y California, cuyas conclusiones fueron publicadas ese mismo año por *Dana Press* con el título de *Neuroethics. Mapping the Field*. La disciplina se presenta tan preñada de futuro que, incluso, parece suponer una amenaza gremial para los profesionales especialistas en filosofía moral, sin detrimento de su naturaleza radicalmente interdisciplinar. Dicha interdisciplinariedad bien puede envolver a los especialistas amenazados (en la medida en que acepten colaborar) y, por supuesto, a sociobiólogos, neurólogos, expertos en modelización de redes, psicólogos cognitivos, fisiólogos, bioquímicos, etc. No queda claro, en cualquier caso, si para Cortina esta presentación institucionalizada de los conceptos y proposiciones fundamentales sobre el asunto es lo que dota en efecto de estatuto científico a la neuroética o si, más bien, considera la autora que esta presentación responde a una serie de construcciones resultantes del modo específico de imbricación de ciertos fundamentos de ciencias ya existentes con los resultados arrojados por técnicas o tecnologías mejoradas (y, en algún caso, nuevas). Si es así, hay que puntualizar que en tales construcciones toman parte, con los sujetos investigadores, sujetos experimentales que son sometidos a condiciones de laboratorio. Todas las partes, en cualquier ciencia no formal, pueden agruparse en elementos propios de la sintaxis, de la semántica o de la pragmática del quehacer científico. Para que la neuroética

fuera una ciencia cuyas proposiciones la filosofía moral hubiera de atender necesariamente no pudiendo permitirse el lujo de no tenerlas en cuenta lo primero que las neurociencias en general y la neuroética en particular deberían respetar es el requisito de que las operaciones de los sujetos científicos que se dan en el plano sintáctico no queden proyectadas en los fenómenos analizados en el campo semántico de la supuesta ciencia en cuestión. Las proposiciones y propuestas de las neurociencias (que luego eclosionan de un modo tan llamativo en congresos y publicaciones) versan, en su mayor parte, sobre resultados del trato de los sujetos científicos con un tipo de fenómenos que serían los correlatos (en el plano semántico) del “sentido” de unas imágenes –obtenidas por resonancia magnética funcional, tomografía por emisión de positrones, etc.– que se entienden como representación fiable de las referencias (también en el plano semántico).

Tales fenómenos son unas veces relatos proporcionados por los sujetos experimentales y otras, resultado de la observación de su conducta o de reacciones fisiológicas. En cualquier caso, tal batería de “descubrimientos” permanece en un terreno cuya morfología depende enteramente de las contingencias propias de la subjetividad práctica inmediata de los sujetos experimentales. Todo ello sin detrimento de lo muy interesantes y “curiosas” que resultan tales correlaciones entre lo referencial y lo fenoménico, que pueden permitir incluso la predicción de conducta (en condiciones controladas de laboratorio, se entiende). De estas correlaciones no se desprende un *corpus* de contenidos semánticos estructurales, resultantes de la segregación de la subjetividad, de aquellos que cabría esperar de un campo científico propio, en definitiva (como los que sí encontramos en las ciencias naturales). No se nos da nada allende la mera correlación a modo de inventario de “datos” ordenados por pares: fenómeno-correlato referencial.

Con todo lo anterior no quiere decirse que las operaciones en las ciencias naturales (sin prefijos como “psico-” o “neuro-”) sean meras aplicaciones de construcciones teóricas previas y estancas, pero, desde luego, sugerir como contexto de justificación de un supuesto saber científico uno o varios congresos y una o diversas publicaciones especializadas no parece más que una forma de reconocer la poca entidad gnoseológica del asunto a considerar. Aún teniendo solamente por exterior al desenvolvimiento histórico de una disciplina científica lo que no tiene que ver en rigor con el campo de la misma y aún reconociendo que las publicaciones, las conferencias dictadas, etcétera, forman, por supuesto, parte de los términos internos de una ciencia, no será menos cierto que historiar el acto fundacional de una supuesta ciencia no equivale a presentar un contexto de justificación para la misma.

La limitación gnoseológica no afecta tan solo a la neuroética, sino que también hace mella en el modo de considerar la neuropolítica – solo una cuar-

ta parte del libro se dedica a esta rama de la neurociencia. La autora distingue, como tantos otros, la neuropolítica entendida como neuromarketing, esto es, interesada en discriminar los estados cerebrales del elector en el proceso de elaborar la decisión de emitir un voto concreto, y la neuropolítica que investiga en palabras de la autora “si las bases neuronales de nuestra conducta nos preparan para asumir unas formas de organización política como superiores a otras y, en segundo lugar, si la democracia es la forma exigida por esas bases cerebrales” (p. 102). El discernimiento de estas últimas cuestiones se lleva a cabo en un capítulo del libro que lleva por título “Contractualismo moral y político: ¿Una exigencia de la evolución?”. El título nos pone sobre aviso de lo ya expuesto al comienzo de esta reseña: Cortina si bien pudiera aceptar que las connotaciones de lo político y lo moral difieren, no ocurre lo mismo en el ámbito de la denotación, la política y la moral poseen significados diversos, pero referidos al mismo *denotatum*: el contractualismo universal que brota sobre el mecanismo y la lógica interna de los sentimientos reactivos – ética cordial. Si la moral se entretaje por medio de sentimientos reactivos como la culpabilidad, la política no se queda atrás y se asienta en sentimientos reactivos como la indignación que, literalmente, clama justicia.

De nuevo en este ámbito neuropolítico los neurocientíficos recaen para la autora en la naturalización de lo político, así si bien la cooperación y la reciprocidad pueden reexponerse en términos de una adaptación evolutiva cribada por la presión de la supervivencia, no obstante, dicho intento de reconstrucción de la intersubjetividad es de breve recorrido, ya que da como resultado la cooperación entre los próximos. Marco Iacoboni podrá afirmar que la cooperación está cableada en el organismo mediante la empatía que se origina en las neuronas espejo, pero éstas de cualquier modo solo se activan ante percepciones efectivas de los otros. La viabilidad de tal naturalización es materialmente desmentida para Cortina por el carácter universal de la Declaración de Derechos Humanos de 1948, logro de los sistemas políticos sustentados en las democracias liberales y que dan lugar a programas morales de naturaleza universal. Aquí de nuevo la autora argumenta mediante la referencia a un espacio en el que moral y política se muestran inextricablemente relacionadas.

En último término, la autora esgrimiendo su propia ética de la razón cordial; llega a ejercitar en el libro un discurso que tan sólo matiza las pretensiones de la neuroética y la neuropolítica. La supuesta contundencia científico-natural de las neurociencias no le permitiría ir más allá y advertir la fragilidad gnoseológica de tales presuntas ciencias, que en realidad no vienen a ser otra cosa en su origen que una tecnología médica henchida hasta alcanzar la forma de un cerebrocentrismo omnicompreensivo –neurofilosofía, neuroarte, neuroantropología, neuroteología, etc.– que, a su vez, cabría recomponer, como otros autores han sugerido, en términos de una “ciencia” vo-

luntarista canalizada por la moda y la ideología². Un análisis gnoseológico de mayor calado, al cual aquí tan solo se ha podido aludir, apunta a que no existe ninguna razón plausible para que la reflexión filosófica y las humanidades en su conjunto deban siquiera atender a las pseudoexplicaciones de la denominada neurociencia cuando ésta desborda las relaciones entre los términos neurofisiológicos de su categoría científica de referencia.

Francisco J. Robles y Vicente Caballero

E. GARCÍA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, F. Juan March, Taurus, Madrid, 2013.

La serie *Espanoles eminentes*, publicada por la editorial *Taurus* conjuntamente con la Fundación Juan March, de la cual ya habían sido previamente publicados dos tomos, dedicados, respectivamente, a Pío Baroja –escrita por J. C. Mainer– y a Miguel de Unamuno –de J. Juaristi–, nos ofrece ahora una nueva biografía de un personaje acerca del cual resulta tan difícil como imperioso escribirla, a saber, Ignacio (o Íñigo) de Loyola, a cargo de Enrique García Hernán. Este libro aparece, además, coincidiendo con el momento en el cual comienza su pontificado el primer Papa perteneciente a la Compañía. Sus nueve capítulos recorren, con una articulación más o menos cronológica –ya que no son pocos los cruces de personajes y problemas que se extienden bastante más allá de lo directamente tratado–, la vida de Ignacio de Loyola, terminando con un breve texto que enmarca al personaje dentro de esta colección, justificando su posición como *eminente*: El vasco de Loyola; Entre lo medieval y lo moderno; Nueva vida *alumbrada*; Dos peregrinos, el de Tierra Santa y el de España; En la Universidad de París, influjos culturales; Retorno a España y actividad en Italia; Confirmación de la Compañía de Jesús; Los hombres y las mujeres de Ignacio; Éxitos y fracasos.

E. García Hernán, investigador del Instituto de Historia del CSIC, miembro de la Real Academia de la Historia y de la Academia Ambrosiana de Milán, se ha ocupado ya de diversos personajes de la época tratada en este libro y ha redactado numerosas biografías, entre las cuales cabría destacar, por la cercanía al presente, las dos obras dedicadas al Tercer General de la Compañía, Francisco de Borja, cuya aparición en las páginas que nos ocupan es ya de gran importancia y que acercan a muchas de las cuestiones más relevantes

² Alva Noë, *Out of our heads. Why you are not your brain, and other lessons, from the biology of consciousness*, Hill and Wang, 2010. Marino Pérez Álvarez, *El mito del cerebro creador*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.